

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 6 de Mayo de 1894.

Núm. 45.



UN CIGARRILLO EN AUSENCIA DEL MAESTRO
(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE B. GILL.)

NOVEDADES



Si fuese autógrafa esta sección, seguro que no entendería usted ni una letra.

En este momento acaba de entregarme un *caballero*, que para entrar en mi casa ha tenido que hacer uso de la campanilla y abrirle mi criada, una providencia notificándome que «si en el término de tercero día no realizo el pago, se me procederá al embargo y venta de bienes».

Por este motivo estoy temblando, y mi pulso tan inseguro, que ni yo mismo entiendo lo que escribo.

Por más que, ¡ojalá me lo hiciese bueno el señor agente ejecutivo de este distrito! Porque bienes conocidos, sin tener que dar gracias á nadie, no me los conozco, y únicamente sé que son de mi propiedad exclusiva, la chaqueta y pantalón que llevo puesto, porque el chaleco..... todavía no me ha pasado la cuenta el sastre, y si resuelven ustedes llevarse estos bienes, y me da la ocurrencia de salir un día á la calle, ó me toman por loco y me llevan á Leganés, ó me conducen á la prevención del distrito, si antes no me he muerto de una pulmonía.

Hasta este momento creí que sólo la administración del Estado era la que no tenía concordancia ninguna con su nombre; pero ahora me entero que la de la recaudación de cédulas personales está todavía en peor amistad con el verdadero significado de la palabra.

Y es que, sin duda, están en la creencia que todos los madrileños no tenemos que hacer otra cosa que esperar el día en que los empleados de dicha administración, celosos siempre por el buen desempeño del puesto que ocupan, se digan: D. Fulano de Tal, que hace ya mucho tiempo que no sale de casa, vamos á hacer que se dé un paseito, porque seguramente tendrá mucho gusto en hacernos una visita; y á este objeto, en lugar de invitarle á tomar *algo*, le envían una providencia notificándole que le van á embargar los bienes, con pretexto de que en su tiempo sacó cédula de clase inferior á la que le correspondía. Pero ¿para qué están ustedes en esta administración, señores empleados?

Para no saber cumplir con su obligación, por lo visto, y hacer que sus errores los paguemos, perdiendo tontamente el tiempo, que para la mayoría es oro. Pues el que se equivoca que lo pague, y cuidadito para otra vez.

Esto es lo mismo que si yo fuese á comprar un *par de botas* y pagase el precio que me exigía el vendedor, y á los cuatro meses recibiese una carta del mismo, informándome que se había equivocado, y que le abonase la diferencia, porque de otra manera me rompería las narices.

¿Qué haría, si esto le sucediese á un señor empleado de esa administración?

Pues seguramente echarle de su casa, cuando el zapatero llegase á cobrar la diferencia.

Que es lo que haré cuando, pasado el tercero día, venga *algún caballero* á embargarme, porque me parece que tengo yo muchas cosas más que hacer, que subsanar errores de empleados, con los cuales yo no tengo nada que ver.

Después de todo, no es suya la culpa, sino del Gobierno que se lo permite.

RAP-SAG.





El Caballero



—Hola, Torcuato querido.
 —Adiós, querido José.
 —¿Te casaste?
 —Me casé.
 —¿De veras?
 —Ya soy marido.
 —Sabes, querido Torcuato, que tal noticia me aplasta. ¡Casarte tú! ¡El entusiasta defensor del celibato!
 —¡Qué quieres!
 —Tú, el que jurabas que jamás te casarías, después, a los pocos días, convencido te casabas!
 —Es que hay críticos momentos que nos fuerzan á cambiar de proceder, á pesar de todos los juramentos, y estaba por medio ahora el honor de una doncella.
 —¡Ah bribón! ¿Y quién es ella?
 —Una rubia encantadora,

inocente, angelical, como no encontré ninguna. Me concedió la fortuna una mujer ideal.

—Pues siendo así, bien hiciste, llegando hasta el himeneo con ella.

—Pues ya lo creo.

—¿Y dónde la conociste?

—Hay días afortunados, y entre ellos uno, fué el día en que la vi en el tranvía de Estaciones y mercad. s.

Se encontraba el interior sin un asiento vacío, aunque yo ocupaba el mío. Tocó el timbre el cobrador.

Ella, gentil y altaera, montó allí con su mamá, dirigiéndose hacia la plataforma delantera:

mas mi asiento la cedí, y al encontrar acomodo, me dió las gracias.... de un modo que no sé lo que sentí.

Aproveché la ocasión pagándolas el asiento, y con la madre al momento entablé conversación.

Y supe con tal motivo que aquella rubia ideal vivía en un principal de la calle del Olivo;

que se llamaba Lucía.

—¡Lucía Galante.

—¡Eh!

—¡La conoces!

—Bastante.

¡Si ha sido vecina mía!

—Pues sí ya sabes quién es, omitiré algún detalle: empecé á rondar la calle, transcurrió así medio mes.

Trastornado de pasión, relaciones la pedí, y ruborosa, que sí me dijo desde el balcón.

Y cantada la aletuya, hablé con doña Tomasa,

su madre, y entré en la casa como Pedro por la suya. Y dado mi ardiente afdn, comprenderás....

—¡Toma.... Toma!

—Ella inocente paloma, yo práctico gavilán....

Recorrimos sin sentir el camino del querer, y ya puedes suponer lo que queda por decir.

Por no empañar de Lucía la pura reputación, tuve que ir sin dilación con ella á la Vicaría.

Y ahí tienes toda la historia de mi cambio, y del por qué con Lucía me casé; y aquí paz y después gloria.

—¿Y eres feliz?

—¡No que no!

Siendo tan pura y tan bella.

—Pues te has portado con ella bastante mejor que yo.

RICARDO MONASTERIO



VIDAS DE PERROS



UE también pudiera decirse «Vidas paralelas».

Y aun «celos mal comprimidos ó El abate L'Epeé y la Huérfana de Bruselas».

Hasta para llegar á perro se necesita influencia y buena suerte, y cierta cultura; por lo menos tanto como para actor cómico.

Decía el loco mencionado por Cervantes, que «no es cosa tan fácil hinchar á un perro».

Y puede añadirse:

«No es cosa tan fácil ser perro.»

Perro judío, ó perro moro, ó «perro cristiano», según los mahometanos, puede serlo cualquiera.

Perro formal, propiamente dicho, no.

Y perro culto, mucho menos.

Entre tantos como vagan por esas calles, y por esos círculos, y por esas «conferencias», ¿cuántos son los ilustrados?

Así es que, en cuanto se presenta en sociedad algún perro que hace algo más que ladrar, se lleva las simpatías, aparentemente, de la mayoría de las personas de bien, también al parecer.

En varios países se observa que los perros viven mejor que los hombres; en otros países, los hombres viven mejor que los perros.

En otros viven bien unos y otros.

En el nuestro, ni los hombres ni los perros.

Á los primeros, cuando hay excedencia, la administración paternal los diezma por hambre.

De los excedentes en la clase de perro, prescinde la autoridad municipal por asfixia.

El último bando, por cierto primorosamente escrito, fijando los derechos del perro durante los meses de primavera, verano y otoño, y las obligaciones, también por temporada, ha sido recibido con disgusto por la clase.

Según el bando, no se librarán de la muerte más que los perros contribuyentes.

—¡Va á ser esto un dos de Mayo de perros!—que decía una señora sola, sin asistencia, madre de cuatro perros huérfanos.

Madre adoptiva, se entiende.

Pero la salud pública exige el sacrificio de los insignificantes.

Que viva el perro acomodado y perezca el perro insolvente.

Es una solución del problema del pauperismo.

Podrá protestar alguno de la sintaxis del bando.

Pero el pobre no tiene derecho á la sintaxis.

Que pague y se la darán.

Por otra parte, el perro que no se redime es porque no quiere.

El hombre no puede hacer más por su compañero.

Le brinda con bozal para mantener su abstinencia; con las artes liberales para ganarse el sustento y ganárselo al hombre.

No cabe más generosidad.

Le instruye en coreografía, en gimnasia, en la música, le exhibe y cobra por él.

Ahí tienen ustedes la familia Lavater's.

Es decir, los perros amaestrados que funcionan en el Circo de Price, ó de Parish.





Forman una sociedad de profesores.
 Entre ellos hay algún solista.
 Otro tiene voz de tiple de zarzuela absoluta.
 Uno ejecuta en el «violencello» despojos de Wagner.
 Es inglés, según dijo a un chico *reporter*, que le preguntó respecto a su nacionalidad, y tiene familia en Oxford. Se dedicó a la música por capricho, porque es inmensamente rico y esposo de una joven de aguas.
 Disgustos de familia obligaron a otro de los profesores a escapar del hogar doméstico y abrazar el divino arte de tocar el tamboril.
 ¡Qué diferencia entre esos perros y los avecinados en Madrid!
 Los perros Lavater's, regenerados por el arte, viven con holgura y libres de gabelas.

Ni documento personal necesitan; porque son extranjeros.

Mientras nuestros perros viven sujetos a empadronamiento y a otras obligaciones ofensivas, como el uso de la cadena clásica de sus mayores y del bozal de los Borgias.

¿Y todo esto para qué?

Para vivir humillado y aun «mal entretenido», generalmente.

¡Qué bien decía el inmortal perro *Paco*, en sus postrimerías!

— Créame usted, caballero (porque me llamaba «caballero», lo mismo que a cualquiera), no merece la pena de ser perro, para verse así; y ya usted ve que yo puedo decir que soy el «kronprinz» de los perros: artista, literato, aficionado a toros y..... como si nada.

EDUARDO DE PALACIO.



¡A LA PRENSA!

(SONETO)

Si el Hacedor supremo me otorgara
 sus grandezas, poderes y tesoro,
 un monumento de diamantes y oro
 en honor a la *prensa* fabricara:

En él su poderío pregonara,
 y aunque fantástico es, que no lo ignoro,
 con ángeles formando excelso coro,
 himnos de admiración yo la cantara.

Su sencillo y potente mecanismo
 es la base de toda mi fortuna,
 y el único sostén de mi existencia.

Pues esa..... *prensa*, no es el periodismo,
 es la *prensa* que estruja la aceituna
 de un olivar que tengo yo en Valencia.

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ.

MODOS DE GANAR LA VIDA

Dibujos de Cilla.



Con la cabeza.



Con las manos.



Con la lengua.



Con los pies.



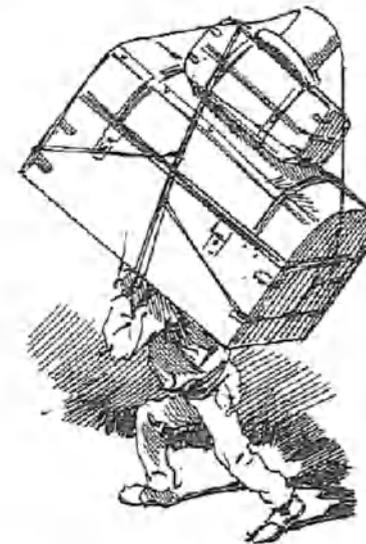
Con los pulmones.



Con la garganta.



Con la sal de la tierra.



Con todo el cuerpo.



Con sus labores.

Cañuta MOCHILA

Nacieron el mismo día y a la misma hora, sus madres murieron de susto la misma tarde, y fueron criados por la misma nodriza, la tía *Tiendón*.

¡Crecieron juntos, jugaron juntos, y juntos fueron a la escuela, donde el uno dejó de aprender la Gramática por no disgustar al otro, que no la supo nunca.

Cañuta y *Mochila*, que—aparte varias trampas—habían heredado de sus padres tan graciosos motes, estuvieron un punto a pique de perderlos.

El tío *Chufiste*, maestro *in partibus* de Mozota, al ver su singular afición y semejanza en gustos, y comprender que *Cañuta* y *Mochila* no podían vivir el uno sin el otro, dijo en llamarlos *Pilatos* y *Ordes*, que, como decían por el pueblo, debieron ser una pareja de *cevillos* del tiempo de los *grajos*.

Eran *Cañuta* y *Mochila* de regular estatura, ancho cogote, pequeños ojos, aplastada nariz, boca ilimitada, vientre escaso y encorvada espalda. Tenían tan grandes las manos, que socavaban la tierra a zarpadas, haciendo más faena los dos solos, y sin azada, que entre veinte jayanes de la ribera.

Temidos y respetados por sus buenos puños y mejores plantas, vivieron largo tiempo felices, con sobra de miseria y buen humor.

Mochila se casó con *Colasica*, hermana de *Cañuta*, y éste permaneció soltero porque, como *Mochila* no tenía hermanas, no parecía bien que, habiendo de vivir juntos, se alterara tan constante amistad y plácida vida con el fermento de dos mujeres en la casa.

Contentos con su escasez de fortuna y su sobra de gracias personales, faltábales a nuestros hombres—para remate y complemento—la satisfacción de un deseo largo tiempo acariciado. Visitar Zaragoza con ocasión de las fiestas del Pilar, *pa corrala en grande*, como ellos decían.

Llegó por fin el venturoso día—el 10 de Octubre de 1877!—en el cual *Mochila* y *Cañuta*, después de abrazar a su mujer y hermana, y de esconder el primero en su faja ochenta reales en *cuadernas* bien apretadas en un papel de estraza liado con una tosca cinta de alpargata, emprendieron su caminata a la capital, montados en sendos machos, y trazando surcos en la carretera con los pulgares de sus soberbios pies, que colgaban de los costados de la bestia como si fueran artesones.

De lo que en Zaragoza les sucedió a nuestros héroes dará cumplida muestra la siguiente carta, que entregó *Cañuta* a su hermana; carta que, sin añadir ni quitar, transcribimos para enseñanza ejemplar de propios y extraños.

«PISTOLA Á COLASICA

»Querida *Colasica*: m'alegraré qu'al recibo d'estas linias t'halles güena; yo, güeno á Dios gracias pa lo que gustes mandar. El dador d'esta lo será, Dios mediante, tu hermano *Cañuta*, que no inoras m'ha compañau á esta zudiá pa ver las fiestas; que voy á contarte *Colasica* lo que m'ha pasau pa que lo sepas y t'enturdezcas.

»Entremos de madrugada *Cañuta*, los abrios y yo pol las puertas de *Pinchatelas*, pol que mus paició el camino más despejau y.... ¡rediez *Colasica*! en medio d'un redoncho vimos un rai ú santo, que le digo á *Cañuta*: «De tóo tiene, que me responde *Cañuta*.—Pus qu'es un rai magro.—¿Y en qué l'has conocido? qué le digo á *Cañuta*.—Y vai que me responde: ¿Pus no ves qu' es negro?»

»Embebecidos estábamos mirando fito la estauta, cuando más tú que viene un menistro y mus dice que paguemos una peseta de multa pol metenos en vedau, y qu'habíamos d'entrar pol la puerta del *Carmen*, que como es vieja y paice que se caí, á la cuenta la guardan pa los folasteros. Ibámos á entrar pol ésta, cuando otro menistro vestido de color de materia, vai mus dice qu'habíamos de pagar diez cuartos pol pollo y el puchero de mostillo que tragebámos p'al señor *Zapato* que mus había d' agüespar. ¡Rediez *Colasica*! Mus salimos





fuera de la puerta y vai que le digo á Cañuta:—Cañuta, ¿quiés que paguemos?—Y vai que me dice Cañuta:—Ni pol gallo ni pol la confitura. Dale un repelón al animalico y echa una untada al puchero.—Y en un santímpaces mus comimos el gallo crudo y el mostillo.—¿Y qué dirá el tío Zapato?—que vai que dice Cañuta.—¿Cómo le daremos su presente?—Pus en su casa l' himos de dejar—que le digo. ¡Rediez qué risa! Y entremos en la zudiá dijiéndole al ministro de la puerta:—Tío güeno, miste qué gallo.—Y le enseñamos el pico, que era lo único que no nos habíamos comido.

»Entremos pol lau del hospital y lleguemos rindo á gargajadas á salir al Coso pol un arcoico de San Roque, que según paice es ptopietario y vecino de la zudiá. Cuando entremos en el Coso ¡qué manífico! echemos p' a un lau pa no pagar s' ibámos por medio (lo cual qu' hay un suelo tan estirau que se esbarizaban las bestias), cuando otro ministro vai que mus pide otra peseta.—¡Re.... coll!....—Que le digo:—Pus otro ministro tan enantes mus hizo pagar pol qu' ibámos pol medio. Si s' ha de pagar por tóo, avisáilo en el perolico oficial pa que pague el que pueda la necesidad del cabildo, y asina no emboliquis los folasteros.

»Salimos en cuatro pernás á la metá de la calle, cuando vai que da en el morro á los machos el ruido de unos chorricos que caían d' una fuente, fuente que llaman del Norturno; qu' así será, pues á la cuenta es un dios qu' está por meterse en la cama.—¡Rediez!—Que le digo á Cañuta:—¡Qué gorrinás, en metá de la plaza un dios encueros!—¿Quiés callar?—que dice Cañuta.—¡Qu' ha d' estar encueros!.... No ves que lleva un teneór.—¡Qué risa, Colasica, qué risa!

»Mientras estábamos entretuvimos mirando á Norturno, vai.... ¿qu' hacen los abrios? Que se pónen á beber en el pilón y mus rodea la gente y viene ¡otro ministro! y mus pide diez vellones pol beber los machos.—¡Canasto!—que digo yo.—¿Sus paice que semos millonarios? ¿Qué mal sus himos hecho á tú?—Y vai que responde que no podían beber las bestias en la fuente; y Cañuta espacenciau y sulférico que dice:—¿Qué no puen beber las bestias? Miste si puen beber.—Y vai s' amorra y bebe; y yo que le digo al ministro:—¿V' usted á Cañuta? Puen miste si puen beber las bestias.... Paguemos, Colasica, paguemos y ya no tienes moño ni el chico chiflana, que tóo s' ha gastau como irás viendo.

»Lleguemos pol fin á cal tío Zapato, lo cual que no mus quiso recibir pol que la pardala del Pajuzo qu' estaba de sirvienta, s' había dído á las americas con el meriscal d' un regimiento. ¿Te p' á tú?

»—¿Pa qui hacen fiestas s' himos de pagar la convidaura?—que le digo á Cañuta.—Y vai que responde:—Vamos á comer qualsiasier cosa, y dimpués.... ¡juera penas!.... á correla en grande y al treato.—Y comimos unas migas y un melón y nos juimos al café nuevo—¡qué manífico!—y tomemos café (lo cual que m' hi guardau una redoma, una tza y dos gucharillas), y mus han hecho pagar dos riales. ¡¡Ladrones!!

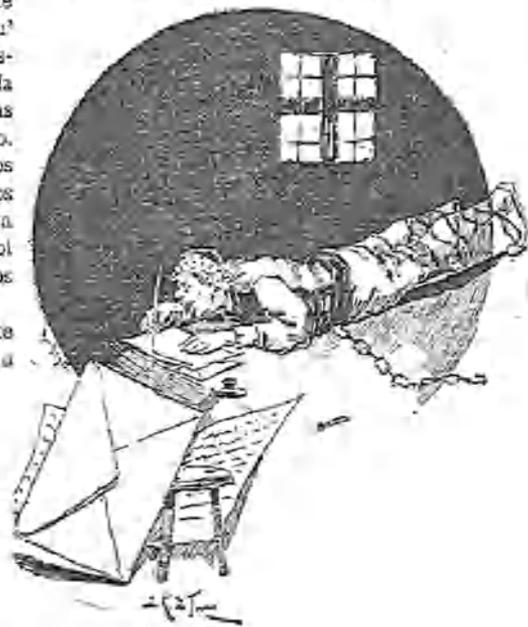
»Dimpués mus himos ido á la casa de las comedias, y un tío qu' estaba detrás d' un ventanico mus ha pidio dos pesetas pol ver la comedia del treato. Como tenía palabra de tai y pior cara qu' un cuercu esculau, l' himos dau los dineros por dos piacicos de papel, que prediez; al entrar pol la puerta que vai que le dice un tío:—Dème usted el papel pa entrar.—Vengan dos pesetas—que le dice Cañuta.—Pus ¿qué se figuraba V.—que le digo yo—que no hay más que pedir? Miste, aquel qu' está debajo la escalera enjaulau, mus ha sacau ocho riales; asina, pues, si usted quié el papel vengan dos pesetas.—Se quedó sin saber qué decir con la boca abierta, y mus fuimos á preparar los machos, lo cual que te guardo las dos comedias pa que en nengún Jesús digas que no sabes lo que es treato.

»Nada sus hi comprau, pol que como no nos han convidau, no himos gastau de lo d' otri. Y esta sirve pa dicirte que no himos visto más torcos qu' al secretario y su entenau, y que como los fuegos oficiales los hacen mañana, no mus quedamos pol no gastar. También sirve pa dicirte que pol no pagar los diez riales m' quedau en la cárcel, y Cañuta s' ha fufu con los abrios, lo cual que me darán de comer de balde.

»Da mis fleutos á toa la venciadá y aguante que vaya pa darte lo que te guardo ricogido del café, y sin más t' abraza en el exposito municipal ta pariente que desea velte el coracón.—ANISERO HURVE (a) *Mochila*.

Por la copia,
UN ÉMULO DE ZOLA.

ANTÓN; PITACO.





I

..... Sí, señores diputados;
hay ya que decirlo así:
¡estamos todos cansados
de lo que sucede aquí!

El Gobierno, que pretende
en el poder ser eterno,
ese Gobierno no entiende
los deberes de un Gobierno.

Cuando es de origen el vicio,
lo que procede es hacer
el inmenso sacrificio
de abandonar el poder.

Aquí no hay moralidad,
el crédito está en un tris,



y hay que decir la verdad
a los ojos del país.

Sí, señores diputados;
en vista de todo esto,
mis sentimientos honrados
se sublevan y protesto.

¿Cómo no he de protestar,
si el poder que nos domina
se empeña en precipitar
nuestra inmediata ruina?

Urge ya una solución
que despierte la esperanza,
hoy que nadie a la Nación
le inspira ya confianza.

¡Tenía que suceder!
Es muy triste la experiencia,
siempre que ocupó el poder
gente sin fe ni conciencia.

La honradez será, señores,
principio fijo y eterno,
y es preciso, sin rubores,
delatar a este Gobierno.

Por eso yo, noblemente,
sin la doblez que hoy se estila,
protesto enérgicamente
¡con la conciencia tranquila! (Aplausos.)

II.

- Avisale a la señora.
- Es imposible, salió.
- ¿Hará mucho?
- Hace una hora.
- Y ¿a dónde fué?
- ¡Qué se yo!
- ¿No dejó ningún recado
para mí cuando se fué?
- No, señor, no lo ha dejado,
sobre todo para usted.

Vino el señorito Amós,
mandó enganchar la berlina,
y se marcharon los dos
á la Exposición canina.

—¿Y la señorita Juana?
—¿Su hija? Está en el tocador,
—¿No ha salido esta mañana?
—Ni esta tarde, no, señor.
Á las tres, ó cosa así,
vino á verla el secretario,
y aun están de charla allí.
—Vamos, como de ordinario.
¿Y mi hijo? Debe estar.
—Vino á las tres el señor,
y me ha mandado empeñar
el reloj del comedor.



—¿Vino alguien más? —El tendero,

el aguador, la modista,
todos pidiendo dinero,
que ya no hay quien los resista.

—Bueno, prepara la cena.
—Y vino.....

—Bueno, hombre, basta.

—Es que vino la morena
de la calle de Sagasta;
que si no le va á llevar
dos credenciales ó tres,
no la vuelva á visitar,
¡porque le echa á puntapiés!

FÉLIX LIMENDOUX.

A UNA POETISA



Debo decir á usted, señora mía,
con confianza, que en mi vida entera
—amás gocé como el pasado día
—en que usted me mandó con la nifera
su inspirada y correcta poesía.
Es su trabajo—sin pasión—notable;
En soneto mejor es imposible;
No sabe usted explicar lo inexplicable;
—tiene usted un estilo incomparable;
—describe usted de un modo indescriptible.
Dice usted que el amor es un tormento
—en que sucumbe el que el amor no siente.....
—está muy bien! ¡Hermoso pensamiento!
Solo en una mujer de su talento
Cabe una reflexión tan elocuente!
Recuerda usted al hombre que ha querido,
—dice que su esposo la exaspera.....
Bravo! ¡Muy bien! ¡Qué rabie su marido!
—siga usted con ánimo atrevido
—haciendo culto á su pasión primera.
—Evite ese prosaísmo que la enfada!
—El arte debe usted su fantasía!
—Cosa y planche la ropa la criada,
—ya que el escribir tanto le agrada,
—escriba usted sonetos noche y día.
—Desprecie altiva al hombre que, tirano,
—aspira torpe á obscurecer su gloria!
—Descubra de su amor el hondo arcano!
—Escriba usted, y en día no lejano
—su nombre insigne cantará la historia!

VITAL AZA.

